



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

COMUNICACIÓN --- **Y** --- **HUMANISMO**

por
Luis Blanco Vila
Profesor Agregado de
Literatura Universal Contemporánea
UNIVERSIDAD SAN PABLO CELE



LECCIÓN
26 de Enero de 1998
Festividad de San Francisco de Sales

COMUNICACIÓN Y HUMANISMO

*Excmo y Magnífico Sr. Rector de la Universidad
San Pablo-CEU, Excmos Sres Vicerrectores,
Excmos e Ilmos Sres Decanos, Claustro de
Profesores presentes, personal de la Universidad,
amigos, señoras y señores:*

Sin duda el santo que nos convoca, es decir, San Francisco de Sales, patrono de periodistas, patrono, por tanto de una Facultad de Humanidades que tiene en su sección de Periodismo una altísima parte de su razón de ser académica, hubiera merecido un orador más elocuente, más dado a la hagiografía, más preparado, incluso, en el arte de la retórica y la oratoria, pues buen retórico y mejor orador —sagrado, pero con todos los atributos de la ciencia de entonces— era san Francisco de Sales, uno de los mayores dialécticos que la Iglesia Católica ha tenido a lo largo de toda su historia.

Ya que no su unción, algo imposible, sí me gustaría tener su poder de persuasión a la hora de abordar un tema que, salvando las distancias, por supuesto, en algo se parece a los que el santo obispo de Ginebra, antes de serlo incluso, tenía que desarrollar ante un público no siempre tan complaciente como el que yo tengo en esta ocasión.

I. El modelo de Comunicación y Humanismo de Francisco de Sales

El 17 de septiembre de 1594, cuando Francisco de Sales, hijo del señor de Boisy, que acaba de cumplir veintisiete años y es sacerdote desde hace sólo nueve meses, abandona la comodidad de su cargo de preboste de la catedral de Annecy para meterse, con su primo Luis, en la boca del lobo de la reforma luterana, en Thonon, corazón y motor del protestantismo de la región de Chablais, sabe muy bien cuáles son los argumentos que debe utilizar para devolver a aquellos cristianos al redil de la Iglesia que tiene su pastor en Roma.

Unos días más tarde, sentados al borde del lago Léman, entre Evián y Ginebra, los dos primos trazan minuciosamente el método de evangelización de aquellas tres mil almas ganadas para el calvinismo y juramentadas para no asistir a la predicación del "papista". El papista, por supuesto, es Francisco; Luis de Sales, su primo, tiene la consideración segundona del escudero.

El invierno de 1594-95 fue muy duro, no tanto por las inclemencias del tiempo como por la ferocidad de los teóricamente evangelizados, dispuestos incluso a proceder al linchamiento de los misioneros. El señor de Boisy escribe una carta a su hijo Francisco en la que ordena a él y a su primo que dejen a esos pueblos que "sólo entienden la voz de los cañones" morir en su pecado.

El informe de Francisco al Papa Clemente VIII es desolador: "La mayor parte de las iglesias han sido expoliadas o destruidas; no hay ni altares ni cruces. Por doquier vestigios de ruínas de la antigua fe..."

Tras cuatro meses de predicar en el desierto —ese era el panorama de los recintos donde lo hacían—, Francisco de Sales decide innovar el método de evangelización. Con una genial intuición del impacto de la palabra escrita, comienza una tarea que lo va a llevar hasta el merecido título de Doctor Ecclesiae que le otorga Pío IX, en 1877, y, por supuesto, a convertirse en patrono de los periodistas y escritores católicos en 1922, por acertada decisión de Pío XI.

Y escribe su primera "Carta abierta a los señores de Thonon", que, curiosamente, fecha —y lo digo por lo que significa para la Universidad San Pablo-CEU la coincidencia— el 25 de enero de 1595, data

que hace preceder por el recuerdo expreso de "Día de la Conversión de San Pablo". Es la primera página de lo que será su importante obra "Meditaciones sobre la Iglesia", más conocida por "Controversias"(1).

Importante medida la que toma Francisco de Sales: "Señores, escribe en su carta abierta, he anunciado la palabra de Dios durante algún tiempo en vuestra ciudad, sin haber sido escuchado más que en algunas ocasiones y a escondidas. Y puesto que, por lo que a mí respecta, no quiero dejar cabos sueltos, me he permitido poner por escrito los principales argumentos en defensa de la fe de la Iglesia, entresacados de los muchos sermones que he pronunciado de viva voz en vuestra ciudad... Hubiera preferido ser escuchado; como no ha sido posible, procuraré poner la máxima claridad en mi escrito".

La verdad en el mensaje

¡Ya lo creo que puso la máxima claridad en su escrito! Con claridad meridiana, en lenguaje sereno pero directo, escribe sobre "la falta de vocación y de misión que Lutero, Zuinglio, Calvino y otros tenían", pues nadie les había dado el encargo, ni lo "habían recibido ni del pueblo ni de los príncipes seculares"(2).

Va el santo escritor rebatiendo uno a uno todos los argumentos que podrían otorgar alguna autoridad a los reformadores; ridiculiza, incluso, una profecía de Lutero que daba por desaparecidos la Iglesia de Roma y el Papado como fruto de la predicación de agustino reformador. Y remata ese capítulo invocando las palabras del profeta Jeremías a modo de advertencia.

Me espanta la idea de hacer una aplicación de esas palabras a nuestros medios de comunicación de hoy, a los profesionales —o no— que pontifican con un aplomo que denota una total falta de responsa-

(1) Hay una magnífica edición de las "Meditaciones sobre la Iglesia (Controversias)", en la BAC (Biblioteca de Autores Cristianos), con estudio introductorio y traducción de Valentin Viguera Franco y prólogo de Monseñor Antonio Montero, arzobispo de Badajoz-Mérida. La edición es de 1985 y empiezan a escasear los ejemplares. Más difícil es aún encontrar las "Obras Selectas" de San Francisco de Sales, también editadas por la BAC.

(2) O.c. pág. 71.

bilidad, a los que se atreven con todo y con todos, a los que ignoran cualquier autoridad en la doctrina y en la justicia, a quienes dictaminan con alegría cuestiones de extraordinario calado moral o espiritual, a quienes se arrojan potestad y autoridad en materias delicadas en las que, por lo menos, convendría respetar la duda o el escrúpulo que habita en las almas sensibles...

Francisco de Sales, tras la argumentación y la refutación, acude al profeta para aconsejar a sus evangelizados : "No escuchéis las palabras de los profetas. Os están embaucando. Os cuentan sus propias fantasías..."(3) ¿Qué fácil, no? A veces tenemos esa misma sensación cuando leemos algunos artículos, comentarios o editoriales, cuando escuchamos a algunos habituales en las tertulias de la "radio", cuando presenciamos algunos debates en la televisión. Tenemos, en efecto, la impresión de que nos están engañando o, por lo menos, de que nos están contando algún sueño o despropósito, eso que el profeta llama "sus propias fantasías".

San Francisco de Sales tiene un planteamiento bien distinto. Por supuesto, desde su condición de sacerdote —más tarde, desde 1602 hasta su muerte en 1623, como obispo de Ginebra—, utiliza las armas espirituales y plantea la verdad como conquista a lo divino: "Debemos abatir los muros de Ginebra con la caridad. No os propongo ni la espada ni la pólvora —dice al cabildo de Annecy, del que es preboste— sino nuestra hambre y nuestra sed para abatir al enemigo".(4) Pero, desde su radical necesidad de exponer la verdad, su verdad, cuenta, también, con instrumentos de carácter puramente humano: la información al alcance de todos, bien directamente, a través de la palabra hablada, (pues "la palabra es viva en los labios y muerta en el papel", dice, por escrito, para mayor paradoja, ya que ni siquiera es posible, a veces, ponderar oralmente la riqueza de la oralidad), bien por medio de la palabra escrita, de las hojas volanderas que él tanto prodigó, el panfleto (en su segunda acepción, como "opúsculo de carácter agresivo", pero no difamatorio, sino de denuncia), el método de reflexión, meditación y, más tarde, devoción. Aunque, ciertamente, sus informaciones y sus análisis se refieren a otro tipo de noticias, a la

(3) Jer. 23,16.

(4) Oeuvres, VII, pág. 99 sg. Tomado de o.c. BAC, pág. 25.

buena nueva, en definitiva, la noticia más importante de la historia del mundo. Por eso él, el patrono, Francisco de Sales, es santo, y sus patrocinados, en cambio, sólo periodistas. Aunque la suma de las verdades conduzca a lo mismo. Eso lo entendió divinamente —tómese el adverbio en su semántica más plurivalente— otro gran hombre de Iglesia y periodista, conocido como cardenal Herrera Oria, don Ángel para quienes lo tuvimos cerca.

Pero no es cosa de cambiar ahora de diócesis ni, mucho menos, de santo.

Lo humano, indispensable

En sus esfuerzos por devolver a la Iglesia a los cristianos ganados por la Reforma, San Francisco de Sales hace planteamientos propios de un informador, eso sí, de un informador que maneja elementos de carácter sobrenatural, dada la naturaleza misma de la información. Y lo hace, desde luego, con la verdad por delante, pero no con la verdad de Dios, capaz de encandilar a los ángeles, sino con la verdad, divina ciertamente, pero para consumo humano. Cuando muestra los atractivos de la Iglesia como esposa de Cristo, lo hace presentando su realidad terrena que, si es cierto que aspira a la belleza total y definitiva, lo hace exponiendo su precaria situación como Iglesia militante, como Ciudad de Dios peregrina, que diría San Agustín, llena, por tanto, de defectos y enfermedades. Aspectos que San Francisco no disimula en absoluto. Hay en la Iglesia buenos y malos, predestinados y réprobos, dice con naturalidad. Ni siquiera trata de ocultar que en la misma historia de la Iglesia hay borrones de miseria humana, y confiesa, —mostrando todas las caras de la realidad, no sólo la faceta más ejemplar—, que hay réprobos que “incluso pueden ser pastores y obispos”. Y cita los nombres de Judas, de Nicolás de Antioquía, del gran Orígenes, con “su vejez abominable, tras una admirable y santa vida”... El futuro obispo de Ginebra, en sus “Controversias”, quiere ofrecer a los calvinistas no un señuelo de Iglesia para ángeles sino una forma de entrega tremendamente humana, capaz de cautivar más por lo que tiene de promesa que por lo que tiene de realidad mística. Con todo lo que ello significa de integración del hombre, cenitro de vida, en el proyecto de la salvación, promesa de vida futura.

Ignoro si estos conceptos pueden resultar excesivamente abstractos. Quería decir, simplemente, que, para el señor del castillo de Sales —en el castillo señorial de su apellido nació, en efecto,— el hombre se salva desde su condición humana o no se salva de ninguna manera. Cristo se hace hombre para la salvación, no convierte a los hombres en dioses. Por eso, San Francisco de Sales pone por delante la naturaleza terrena del candidato a la salvación y no oculta —es decir, informa a fondo— las características frágiles de esa naturaleza. Sea como fuere, el humanismo fundamental preside cualquier tarea de evangelización de nuestro santo.

Es importante destacar estos aspectos en la vida, muy poco conocida entre nosotros, por otra parte, del santo patrono de los periodistas y escritores católicos —dén al adjetivo la carga que quieran— para llenar de sentido un patronazgo que o tiene un contenido ejemplar o es una simple colgadura en el calendario para justificar una jornada más de vacación. San Francisco de Sales cree en el hombre, pero tiene muy claro que la comunión de los hombres, la Iglesia, es una llamada pero no necesariamente la salvación por sí misma. Muchos son los llamados, recuerda la expresión de Jesús, pocos los elegidos. Y, bajando el ejemplo a tierra, de modo que esté más a nuestro alcance, dice: "El senado es soberano, pero no lo es cada uno de los senadores; el ejército gana la batalla, pero muchos soldados ya han perecido en ella" (5).

Una vez más la tentación de aplicar esta aseveración a la vida cotidiana de nuestros medios resulta incitante: la prepotencia de algunos medios que tratan de imponerse, en un afán comprensible pero nada ético, de participar en el poder político, económico o social, no es garantía de solvencia. Las grandes voces no siempre son las emisoras de las grandes verdades. La verdad se proclama, pero no tiene por qué proclamarse a gritos; para eso están los medios, para multiplicarla en la pasta de papel, en las ondas, en las imágenes a través de la pantalla, pero sin necesidad de subir el volumen o de concederle página entera. Generalmente, el volumen se sube con la publicidad. Y ya se sabe que la publicidad no tiene por qué identificarse con la verdad.

(5) O. c. pág. 95.

Hay un aspecto, por fin, en la personalidad del patrono de los periodistas que quiero destacar, no vaya a ser que, a fuerza de resaltar su espiritualidad y su celo evangelizador, se nos escape una faceta de su persona que tanto tiene que ver con nuestra vida profesional. Me refiero a los vastísimos conocimientos que poseía y que hacen de su persona prototipo del humanista que nuestro tiempo y el mundo de la Comunicación están pidiendo a gritos.

El famoso padre Croisset, autor del no menos famoso "Año Cristiano", que tradujo del francés el más famoso, todavía, padre José Francisco de Isla, creador, a su vez, del famosísimo personaje Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes, al narrar las excelsas virtudes de San Francisco de Sales, se entretiene dando, incluso los nombres de los jesuitas que se ocuparon de su formación intelectual en París, entre los cuales fue su maestro en filosofía y teología "el sabio padre Maldonado" —se olvida de su maestro más importante, nada menos que el padre Francisco Suárez—; las lenguas latina, hebrea y griega se las enseñó "el famoso Genebrardo"; y ya en la "célebre universidad de Padua, estudió la jurisprudencia bajo el magisterio del famoso Pancyrolo. Es decir, estudió a los clásicos, recorrió con inteligencia despierta el mundo de la filosofía y con espíritu abierto el cielo de la teología, se hizo perito en leyes y, todo ello, sumado a su propia personalidad y ansias de perfección, lo convierten en el modelo del hombre que tiene por misión llevar el mensaje a quienes, con mente y corazón limpios, quieran escucharlo, de decir, del periodista.

II. El Humanismo, forma de ser y de entender la vida y el mundo

Cuando la Academia sueca quiso justificar la concesión del premio Nobel de Literatura de 1969 a Samuel Beckett —como hace todos los años con los autores que premia—, el registro tocado en la nota oficial hizo que los argumentos esgrimidos por los académicos suecos se convirtieran, ipso facto, en motivo de controversia. Decía la nota de la Academia que se concedía el galardón a la obra de Beckett, a "una obra que, adoptando formas nuevas para la novela y el teatro, extrae de la desnudez del hombre contemporáneo su elevación".

Cuando Beckett, sin duda uno de los grandes del teatro de todos los tiempos, coge al hombre entre sus manos, lo estruja, lo arroja contra su propia miseria, lo hunde en el barro hasta el cuello y lo condena a ver el horizonte desde la atalaya de su propia cabeza, que es lo único de su cuerpo que queda sobre la superficie de la tierra, seguramente lo está desnudando de su propia desesperación, pero no elevándolo sino pateándolo, sometiéndolo a una resignación total que culmina en una suerte de "ataraxía" definitiva y demoledora. Más aún, todo el mundo sabe que Beckett establece una extraña relación entre lenguaje y vida, de tal manera que el hombre, movido espontáneamente por el deseo de dominar las cosas llamándolas por su nombre, lo único que consigue, en ese esfuerzo de comunicación imposible —la conclusión es del gran escritor irlandés—, es destruir la realidad y destruirse a sí mismo, empobrecerse en el esfuerzo que supone expulsar las palabras de la boca, desangrarse en el empeño.

¿Es eso Humanismo? Mi intención era pronunciar un "no" rotundo; en el breve camino —ya dijo Heráclito que el camino de ida es el mismo que el de vuelta, y Eliot embellece la "boutade" del etesino en sus "Cuatro cuartetos"—, me he quedado perplejo. Tal vez sea Humanismo lo de Beckett, por más que —aquí sí estoy seguro— su Humanismo no consista precisamente en elevar al hombre, como dicen los suecos, por encima de su propia vida desastrosa. Los personajes más desgraciados de Beckett no son, ni mucho menos, Vladimir y Estragón, los dos que esperan —esperan, digo, y mientras esperan disfrutan de una cierta felicidad, de hecho parecen felices en su inopia argumental— a un Godot que, tal vez, ni siquiera existe; los vapuleados son Pozzo y, sobre todo, Lucky, que transitan por la existencia a golpe de látigo, con la soga al cuello y con una única seguridad, y no muy firme: El camino es de todos.

¿Qué es, pues, ese Humanismo que, al parecer, tiene por lo menos dos caras, las mismas que constituyen la felicidad o la desgracia del hombre?

En puro intento de definición más o menos aséptica, Humanismo es, en religión o filosofía, cualquier teoría que ve en el hombre, en sus ideales, en sus creaciones, el centro del máximo valor de cuantos pueden darse en el Universo mundo. El hombre, pues, como ser intelectual y creador, será, en el Humanismo, el ombligo de toda la aten-

ción y de cualquier ideología que pretenda establecer el equilibrio del mundo. Todo ello soportado por una educación liberal, que estudia fundamentalmente la historia del desarrollo y del progreso humanos, y que impulsa al hombre a romper los apretados límites que imponen el tiempo y el espacio.

El modelo lo importa Roma de la Grecia clásica, donde el humanista se constituye en árbitro de una elegancia de espíritu que no desdeña componentes sobrenaturales pero que se ciñe, sobre todo, a un mundo de relaciones humanas, sociales e inteligentes, con un acervo de saberes que van de la literatura al arte, de los idiomas a la religión y de la filosofía a la historia, conocimientos que discriminan valores elitistas, que seleccionan una cierta aristocracia social destinada, en principio, a regir los destinos de los pueblos. El humanista es hombre de cultura pero proyectado hacia la vida pública; no es el sabio que investiga en su cubículo. El humanista es hombre que existe pero que, sobre todo, co-existe, que vive pero que con-vive, es criatura social que proyecta serenidad a su entorno.

Sin el menor ánimo de profundizar en la historia de esa actitud que llamamos Humanismo, quisiera destacar dos aspectos que me parecen fundamentales para el buen entendimiento de lo que nos traemos entre manos cuando tratamos de poner frente a frente la Comunicación, que es mundo evidentemente instrumental, con lo que se nos ofrece como —y perdonen la osadía al utilizar, por una sola vez, se lo prometo, una palabra tan absurda— una realidad “actitucional” en el individuo. Esos dos aspectos de carácter histórico son que el Humanismo, tal como va a transitar por los últimos cinco siglos de la Europa Occidental, nace del impulso de hombres del XIV/XV, Dante, Petrarca, Boccaccio, el cardenal Besarión y otros, como un regreso al mundo clásico, reforzado por los pensadores e intelectuales bizantinos que se refugian en Occidente a la caída de Constantinopla en manos de los turcos en 1453, pero que renace —es base e impulso para el Renacimiento— como un estilo de vida decorosa y honorable, dispuesta a apropiarse, con naturalidad y sencillez, de los goces honestos de la vida humana, y que lleva en su entraña una visión apasionada del mundo... todo ello bautizado, cristianizado. Ésta sería la segunda nota importante del Humanismo. A partir del siglo XV, el Humanismo no tiene sentido si no lleva una clara referencia a lo trascendente. La incidencia del Racionalismo sobre el Humanismo, a partir del XVII será una nueva

condena a una suerte de apartado para creyentes, con algunas excepciones, claro está, enormemente significativas. Pero serán los Tomás de Aquino bautizando a Aristóteles, Besarión haciendo lo mismo con Platón, Petrarca recorriendo Europa en busca de los manuscritos de su "querido Cicerón" y otros muchos quienes unan, de manera estable —no definitiva, supongo— Humanismo y sentido de lo trascendente, Humanismo y Cristianismo, hasta poder hablar con propiedad del Humanismo Cristiano.

El Humanismo se evidencia, así, como una guía del hombre y no precisamente por el camino de la ascesis y del alejamiento del mundo, sino todo lo contrario: el mundo como disfrute limpio y natural, el hombre como ser naturalmente bueno y no depravado, la salvación que no exige al hombre el alejamiento de su propio mundo sino una participación activa en su desarrollo, con un redimensionamiento de los valores que lleva a equiparar los puramente naturales con los sobrenaturales. En este punto, es claro que los humanistas no se enfrentan con la Iglesia Católica sino que le muestran, simplemente, los valores clásicos como modelos complementarios pero en igualdad de parangón. Nadie como el gran Erasmo de Rotterdam, seguramente el más alto humanista de todos los tiempos, para modelo de esa actitud delicadamente respetuosa pero también independiente de Roma, en la misma línea, por supuesto, de su gran amigo el inglés Tomás Moro. Gracias a ellos, algunos valores se activan y dejan de ser simples referencias contrarias para estimular otros menos dinámicos: por ejemplo, el matrimonio como estado de tanta o mayor perfección que el de la virginidad consagrada, la vida activa frente al valor exagerado de la contemplativa, etc.

Así pues, —y no quiero extenderme en el análisis de contenidos—, estilo de vida que pone lo humano como natural camino del hombre que no se angustia por la vida venidera sino que trata de disfrutar honestamente de la ciudad terrena, mientras camina hacia la celestial, que valora la ética tanto como los dictados sobrenaturales y que no subestima la razón frente al dogma y la pone por encima de la autoridad como instrumento de persuasión. El Humanismo, es cierto, se desliza por el filo de la navaja que deslinda lo ortodoxo de lo heterodoxo, provoca proclividades hacia lo herético, se encuentra, malgré lui, en la raíz de la Reforma protestante, pero ese es su riesgo y ya se encargarán hombres de Dios de extraordinaria inteligencia como San

Francisco de Sales de demostrar a los descarriados que el hombre entra en los planes de Dios desde su propia raíz de criatura libre y no como ser conducido. La Reforma es una quiebra, en su segunda fase, del movimiento humanístico cristiano, como la Contrarreforma genera sospechas excesivas contra los Humanistas centroeuropeos, pese a que hombres tan serenos y sobrios como el valenciano Juan Luis Vives se adhieren al movimiento al hilo del seguimiento doctrinal y amistoso del propio Erasmo.

III. Comunicación y humanismo, tal vez versus humanismo

Dada la mala utilización que se hace, de manera habitual, de esta preposición latina de acusativo, incorporada de manera pretendidamente técnica al idioma castellano, quiero señalar de entrada que en esta ocasión "versus" no tiene sentido preposicional sino adverbial y que busca descaradamente un doble significado que haga posible, a la vez, un doble posicionamiento del sustantivo "comunicación" y, sobre todo, de su significado.

Antes de nada, y con todo el respeto que me merecen los expertos aquí presentes, quiero decir que "versus", en latín, nunca ha tenido un sentido adversativo, nunca ha significado "contra", sino que tiene un sentido direccional: al encuentro con, hacia, en dirección a. Digo, pues —y ésta es la importancia de la disquisición— que la Comunicación hacia el Humanismo, al encuentro del Humanismo, con el rumbo puesto hacia él, sí, siempre, por supuesto; pero, contra, buscando el enfrentamiento, de ninguna manera.

Sin embargo, he dicho que el "versus" que se utiliza en este epígrafe tiene sentido adverbial más que preposicional, un sentido que le permite, como en el latín mismo, encarnar una posición ambivalente en su cometido semántico. Una, por su propia naturaleza significante, pues la Comunicación, por su naturaleza instrumental y su destino ancilar, busca el abrazo del Humanismo; otra, en cambio y por razones coyunturales, no siempre confesables, hace que la Comunicación pueda situarse frente, contra el Humanismo.

Es posible que en estos momentos estemos viviendo una de esas inversiones que enfrentan Humanismo y Comunicación.

La Comunicación como insistencia persuasiva

Dice Martin Heidegger en sus "Conceptos fundamentales" que "el hombre presta atención o bien a aquello que le hace falta o bien a aquello de lo que puede prescindir"(6). Desde una consideración meramente conceptual, eso es verdad y, en cierto modo, es también intrascendente. Desde su capacidad de libre elección, que es necesariamente selección, el hombre atiende a lo que considera necesario in genere y, selectivamente, elige, para desechar, —no hay abandono sin previa selección— aquello de lo que puede prescindir, para lo cual, además, tiene que hacer un acto de reflexión. Esto es claro.

Pero lo es como planteamiento, conceptualmente: en la praxis, la distinción no resulta nada fácil porque los conceptos de "necesario" —lo que le hace falta— y "superfluo" —de lo que puede prescindir— no ofrecen contornos nítidos. Heidegger prescinde de un elemento, instrumental, desde luego, pero de trascendencia innegable, que es la "información" sobre lo esencial o no esencial de los términos de la elección. Quiero añadir, además, que "prestar atención" no es lo más importante del acto voluntario sino sólo una fase más, previa, de la decisión electiva.

Pues bien, en ningún momento de la decisión humana podemos prescindir de los elementos informativos, del conocimiento exacto —en lo posible— del objeto o de los términos, si se trata de más de un objeto, de la decisión, electiva o no.

No hace falta decir que en este punto es donde la Comunicación adquiere su condición protagonista. La limpieza o la turbiedad teleológica de esa comunicación son decisivas. Dicho en términos más al alcance de nuestra visión del mundo actual, si la comunicación se ha convertido en mensaje interesado, por las razones y con las intenciones que se quiera, la equidad y, por tanto, la calidad en la elección posterior no está garantizada. Hay, además, componentes de esa comunicación que, sin maliciar el contenido, pueden distorsionarlo: la

(6) Heidegger, Martin: Conceptos fundamentales. Traducción, introducción y notas de Manuel E. Vázquez García. Ediciones Altaya. Barcelona, 1994. Pág. 3.

cantidad de información, que se sobrepone y resta claridad a lo fundamental; la reiteración de algunos datos concretos de esa información, que desvirtúa el conjunto y sesga el resultado final de la comunicación; la rapidez en la transmisión de los mensajes, que impide la reflexión necesaria...

Hace más de medio siglo, Marañón (7), en "Dos monólogos sobre la prensa y la cultura", dentro de sus "Ensayos liberales", hacía decir a su reflexivo monologante: "Para mí, la cultura actual apenas debe nada a la prensa". Y justificaba tamaña afirmación, absolutamente digna de ser puesta en solfa, incluso si aceptamos la influencia castrante de la prensa en la cultura: "Primero, que la Prensa diaria —y, atención al detalle, Marañón escribe siempre Prensa con mayúscula, por algo será— ... que la Prensa diaria, —repito— produce en el mundo de los lectores una tendencia excesiva a la acción, con detrimento de la meditación, lo cual es gravísimo. Fíjate que, en el fondo, el proceso de la cultura — la cultura, en cambio, no merece para Marañón el honor de la mayúscula— descansa en un equilibrio entre meditación, es decir, razón, y acción. Los hombres en verdad cultos, son aquellos cuya acción emana, serenamente, de un razonamiento. Si la acción surge de un instinto —la meditación suprimida— el hombre es un bruto; si la acción surge de una pasión —que es la prolongación humana del instinto, todavía teñida de animalidad— el hombre es un bárbaro. Ahora bien, la meditación es una incubación, y requiere necesariamente tiempo, y no sólo tiempo en cantidad, sino libertad de tiempo; esto es, el tiempo que se necesite, poco o mucho, sin un ritmo necesariamente impuesto desde fuera. Lo contrario de esto es el martilleo metódico, regular, que ejerce el periódico sobre los espíritus. La meditación es necesariamente aperiódica. La razón de un hombre actual está sometida al ritmo inexorable de la noticia a las ocho de la mañana y a las ocho de la tarde. Hay grandes ciudades donde surgen los periódicos, atrocemente, cada seis horas. Este ritmo crea en el espíritu una poderosa aunque ignorada sugestión para actuar de golpe, para la acción sin meditación, de un modo hipnótico, cual el que, en el salvaje de la tribu, produce el golpeteo uniforme del tamboril".

(7) Marañón, Gregorio: Ensayos liberales. Espasa-Calpe Argentina S.A. Colección Austral. Buenos Aires-México, 1946. Págs. 114 y sgs.

Me he alargado en la cita del texto de Marañón porque, a su manera y en el ámbito histórico en el que fue escrito y publicado —fuera de su país que acaba de salir de una feroz guerra, no se olvide— nos viene a pelo para lo que veníamos exponiendo acerca de la Comunicación como impulso o necia máscara del Humanismo. Escribe Marañón sobre una prensa que se limita casi exclusivamente a los periódicos diarios, matutinos y, entonces, también, vespertinos, sin apenas emisoras de radio de alcance y, por supuesto, sin la amenaza...—perdón, sin el sueño— de la televisión en el horizonte. Pero lo hace, asimismo, nada más terminar la guerra civil —los textos tienen ya cuatro o cinco años cuando se publican, en 1946— con una ley de Prensa de guerra, la de 1938, vigente en España, en un ámbito político de purga a fondo de las ideas liberales —no digamos las otras— y desde su condición de intelectual exiliado. Es decir, con una serie de condicionamientos de todo tipo, a través de los cuales, sin embargo, se atisba un cierto tono de denuncia política. Sin embargo, Marañón tiene sentido exacto de lo que ya es, pero, sobre todo, de lo que será el poder confusionista de la Comunicación, de la Prensa en este caso: “La vida, hoy, es acción pura, sin el noble contrapeso de la razón. Aca-so en esto resida la turbulencia trágica en que nos agitamos, odiándonos y matándonos los unos a los otros sin saber por qué. Y a esta acción sin freno y sin tope nos empuja el exceso de información, la información de los hechos secundarios, a los que da la actualidad falsa categoría; y, sobre todo, la esclavitud del pensamiento al ritmo de la noticia periódica, que es incompatible con el libre juego de la meditación”(8).

Traslademos la descalificación de Marañón a nuestros días. El despliegue multifocal y envolvente de la información que padecemos alcanza, en sus efectos sobre la mente humana, cotas de auténtico aturdimiento. Ciertamente, hoy, el bombardeo de los medios nos arroja al erial de lo instantáneo e inmaduro, no nos consiente un tiempo mínimo para que, a través de esa meditación y reflexión, —que el texto del famoso médico y humanista español calificaba, con razón, de “aperiódicas”,— podamos madurar el pensamiento. Pero, lo que me parece todavía más grave es que este bombardeo implacable, hora a hora, minuto a minuto, a través de los cañones electrónicos, nos quema la memoria y nos condiciona la inclinación y el afecto de tal forma

(8) Marañón, Gregorio: O.c. pág. 115.

que nuestros juicios, que ya suelen andar escasos de peso reflexivo, oscilan con excesiva facilidad de un polo al otro del efecto del péndulo mental. ¿Quién no se sorprende —y asusta— al darse cuenta de que está aceptando, en un momento determinado del bombardeo informativo, exactamente lo mismo que ha rechazado enérgicamente, horas, minutos antes, a merced, entonces, de otro bombardeo/ razonamiento de signo contrario? Pero, sobre todo, los medios ya nos dan la valoración de la información hecha a la medida de sus intereses, de modo que, como dice Marañón en el último párrafo citado, acabamos sin saber cual es el orden de importancia de los hechos o de las ideas que se nos ofrecen. Y así, nos encontramos hoy —y dudo que alguien pueda refutar esta afirmación con argumentos serios— inmersos en una alienante inversión de valores, dentro de la cual parece más importante el respeto a la vida privada de unos personajes que viven de la exhibición de sus intimidades que el respeto a la vida humana de millones de seres que malviven en condiciones de muerte lenta o a manos de la violencia sin control. Cotéjese, si no, el volumen y el relieve de la información que sobre ambos conceptos de vida se produce a diario.

Y, sin embargo, es inútil pretender salir del campo de tiro de esas noticias: mil instrumentos, a caño abierto, las van vertiendo a nuestro paso, son objeto de comentario en las tertulias, en los hogares, en los encuentros casuales con los amigos... Vivimos envueltos, golpeados, baqueteados y, por tanto, desestabilizados y desequilibrados en nuestra actividad mental y afectiva. Debiéramos, por eso, vivir inquietos, preocupados por nuestras propias decisiones.

Pero la propia Comunicación se encarga de correr un velo sobre los posibles escrúpulos, porque las informaciones, al caer una sobre otra de manera continua, ya no se nos ofrecen como datos de un conjunto sino como losas que van enterrando y apagando las iluminaciones que, supuestamente, estábamos sumando, como elementos previos y necesarios a la hora de hacer una elección, a veces de naturaleza determinante en nuestra conducta. Por tanto, la masa de datos y de potenciales informaciones, aunque sean culturales, no son en sí mismas Humanismo. Para convertirse en sedimento ideológico capaz de sostener esa conducta de sereno disfrute de la vida en sus más sencillas y sanas experiencias, necesitarían un reposo reflexivo, una maduración, una incardinación profunda a nuestra base de datos esenciales que condicionan el comportamiento. El doble hecho de amonto,

nar datos sobre datos hasta asfixiar los precedentes y de quemar la memoria informativa hace imposible hoy, en gran medida, esa labor de deglución de las ideas que, por principio, deben darse en cualquier información que se nos facilita.

La queja de Marañón sobre el efecto de activación de la prensa sobre el sujeto que recibe la información adquiere hoy dimensiones que el liberal nunca hubiera podido imaginar. Desgraciadamente, hay que añadir algunos efectos más, negativos todos ellos, de esa radiación informativa sesgada, habitual ya en muchos y poderosos medios, que no sólo no favorecen el necesario resurgir del concepto humanista de la vida sino que, al contrario, tratan de quemar la raíz de la que podría renacer algo tan fundamental para la vida y la historia del milenio que se nos aparece en el inmediato horizonte.

El veneno y la triaca

Y hablo de efectos, no del hecho mismo de la comunicación que los ha provocado y que sigue manteniendo, por desgracia, el mismo mensaje como una forma irreversible de presión constante del Gran Hermano orwelliano. Efectos que, —insisto en el aspecto casi normal e irreversible de los mismos— han pasado, en buena parte, sobre todo en los jóvenes, a formar parte de su propio equipamiento ideológico, casi de su naturaleza pensante, sencillamente porque los han recibido ya deglutidos, asimilables, como papilla de tonos atractivos y hermosos olores que disfrazan su condición deletérea. Millones y millones de personas participan ya de esta condición domesticada, sogas al cuello, látigo sobre su cabeza, como el Lucky beckettiano que se consuela reconociendo que el camino es de todos. Hablo del pretexto de la democracia, que nos obliga, en nombre de eso mismo, instrumentalmente aceptable de manera absoluta —no como fin en sí mismo, la democracia es una suerte de Humanismo político sin sus valores—, pero que, a su vez, nos está obligando a lo que he denominado, hace ya bastantes años, como “la aceptación del tiempo presente”, con una enorme lista de limitaciones en la libertad, que nos va llevando, poco a poco, a una paradójica y autoaceptada tiranía de las normas.

El asunto es demasiado complejo como para entrar ahora a fondo en el análisis de este tipo de limitaciones, pero quede claro que

no se encuentra al margen del tema de mi discurso sino que es una de sus facetas consecuenciales más apasionantes y de más urgente estudio. De hecho, filósofos y antropólogos como el francés Alain Minic o los españoles Julián Marías, Laín Entralgo, José Antonio Marina y, en aspectos más centrados en el fenómeno religioso, Eugenio Trias, además de Fernando Savater o Javier Sádaba, José Jiménez o González de Cardedal, están haciendo una labor de desentrañamiento de los tópicos que, en forma de rémora, se han adherido al casco de la democracia política, mezclando, confundiendo y que, naturalmente, perturbaban el ritmo de la singladura humana en esta riquísima e inquieta fase de su historia.

La Comunicación, con una venta indiscriminada —yo diría que sin garantía ni denominación de origen— de productos de consumo ideológico crea, en las inteligencias al día, receptivas y no analíticas, una suerte de seguridad peligrosa que se aferra a valores psicológicos simplemente recibidos y, sin análisis alguno, apropiados: en las otras mentes, en las más analíticas, lo que crea —lo he dicho antes— es una zozobra permanente, ante la evidencia de que adoptar decisiones personales frente a las masivas y supuestamente democráticas —democráticas por generalizadas— es una suerte de aislamiento vital, de retrogradación supuesta y, lo que es más grave, de soledad en la conducta.

Sin embargo, y aun a riesgo de que se me tache de retrógrado, pidiendo que se analice serenamente lo que voy a decir, digo que la democracia no es más que un sistema de conductas basado en el consenso y que en ningún caso se trata de una ideología: dentro del sistema instrumental que es la democracia, el mundo de la inteligencia debe permanecer serenamente crítico, y no estaría de más emprender una revisión a fondo de la jerarquía de valores, seguramente tan desquiciada, que ese supuesto desorden está afectando de tal manera que nuestro elemental mundo intelectual, sumido en total confusión, empieza a correr serio peligro de descalabro.

O jerarquizamos los valores o acabaremos confundiendo la importancia de cada uno de ellos y defendiéndolos contra toda lógica, dando primacía a los más superficiales y vendiendo, sacrificando, los fundamentales. Preferir egoísmo o comodidad a vida, colocar camaradería por encima de justicia, poner el placer en cualquiera de sus ver-

siones en la cima de los derechos humanos, calibrar el éxito como la máxima realización del hombre, admitir que los fines —y qué fines!— hacen lícito cualquier tipo de medio, conceptos como estos son nuestro alimento espiritual de cada día, de cada hora, de cada momento, que los medios de comunicación siguen enviándonos con sospechosa generosidad... Y adviértase que nadie predica la maldad; nadie defiende el asesinato, ni la injusticia, ni siquiera el pecado moral; esas preferencias, sin duda, forman parte de la escala de valores, crean la ficción de una cierta solidaridad, incluso se disfrazan con ropajes de valores personales. ¿Cuántas veces hemos escuchado la frase: Tú crees que la madre que aborta disfruta abortando? ¿Cuántas se ha lamentado públicamente el exterminio de generaciones enteras, nacidas o no, en países del tercer mundo, arguyendo que si no pueden alimentarlos es mejor que las mujeres de esos países no tengan hijos, cuando, por supuesto, lo justo sería que esas mujeres pudieran tener sus hijos y alimentarlos, es decir, cuando deberíamos machacar hasta el aburrimiento las decisiones de quienes pueden pero no quieren, por razón de provecho, sacar a esos pueblos de la miseria? ¿Es responsable el Papa de turno, el que sea, de que lo normal, lo natural, lo lógico sea que los hijos nazcan y que lo antinatural, lo excepcional, que los hijos no nazcan? ¿Cuántas veces hemos justificado nosotros mismos nuestra conducta rabiosamente competitiva diciéndonos que se lo debemos a nuestros hijos o que luchamos para poder hacer, desde allí arriba, una labor más solidaria?

Luego, la madre que aborta es una valiente; los poderosos que controlan y cercenan la natalidad en el tercer mundo están haciendo un enorme favor a la Humanidad, porque ¿qué sería de nosotros si nacen todos esos hambrientos?; el que encubre a un malhechor es un buen amigo; pisotear a los competidores es ley de supervivencia... ¿Es eso lo que nos espera? No, eso es lo que ya tenemos. El paso inmediato, en nombre de la supuesta democracia en estado puro, será callar a los que protestan o a los que aspiran a vivir libremente el mundo de sus propias ideas.

Pero, por favor, no seamos tan pesimistas. Es verdad que este sistema de alimentación de las ideas, vendido desde hace ya más de un siglo a las necesidades de la producción y del consumo —porque de eso se trata en definitiva— nos ha llevado a las aberraciones que, ejemplarmente, nos ofrecen en imágenes sobre cuya crudeza, incluso,

tienen la bondad de advertimos. La capacidad de destrucción del hombre moderno lo ha deshumanizado hasta extremos preocupantes: un cañón, la dinamita, una bomba nuclear, el secuestro fácil, el atentado a distancia, el asesinato telescópico, son realidades tan al alcance de cada uno de nosotros, son tan evidentes en la realidad de la maldita aldea global, lo presenciamos con tan criminal frecuencia, que no es extraño que broten como hongos millares de pequeños Napoleones, que son más en los últimos cien años que en la totalidad de la historia con memoria escrita. ¿Producto de la comunicación masiva, capaz de condicionar las conductas, desde la admiración hacia el mito creado o la compra masiva del producto comercial impuesto, la difusión universal del best-seller o la proclamación de la igualdad de todo hombre, siempre cierta pero no siempre de reconocimiento fáctico inmediato? El anarquismo regicida —póngase en el adjetivo el grado de escala social que se quiera— es la praxis aberrante de la conciencia del pobre que se siente capaz de cambiar el mundo. La permanencia de ese anarquismo y, por tanto, de la praxis de esa conciencia no es más que la resistencia regia —vuelva a ponerse en el adjetivo la escala social que se prefiera— a reconocer la igualdad de todo hombre, que se hace efectiva por el conocimiento y la riqueza de los valores humanos, no por la riqueza o la cultura en sí mismas.

Sin apelar a un extremo de la deformación, desgraciadamente demasiado habitual ya en nuestro mundo, y si nos ceñimos a este otro mundo nuestro, el más próximo, en el que se barajan conceptos como formación integral de la persona —eso pretende hacer la Universidad en la que estamos, a esas ejemplaridades apelamos cuando celebramos al patrón San Francisco de Sales y al patrón de patronos San Pablo, precisamente por su conversión, esa caída del caballo metafórica y no registrada en ningún texto sagrado—, no tenemos más remedio que preocuparnos, porque nuestra parcela joven de hombres y mujeres, que se nos encomienda por el mero hecho de enviarlos a nuestras aulas, tampoco es inmune a ese descalabro orgánico de la sociedad en la que viven; ellos también llean con el orden que les han establecido en la escala de valores; de la cultura organizada de acuerdo con el viejo orden cristiano occidental no les queda ni siquiera el conocimiento del lenguaje; de lo clásico apenas han visto el rastro, ni siquiera la liturgia está presente en su vida cultural —no hablo de la personal o espiritual—, lo convencional y dictado, los mensajes que reciben a cada instante,

eso es lo que se ha consolidado como sucedáneo de la cultura en sus corazones más que en sus mentes. Todo ello bañado en una especie de amor a lo lejano del mundo, a lo que no molesta con su presencia: los derechos humanos de los pueblos del tercer mundo, las ilusiones misioneras que, ciertamente, hablan de solidaridad y generosidad —y hasta, frecuentemente, se ponen en práctica—, la defensa de los oprimidos en general, los movimientos antirracistas, las “oenegés” que se cuentan por millares y acaban siendo la excusa para que los grandes no se comprometan a fondo con los problemas del mundo. Todo ello lo alientan, lo sienten, lo viven nuestros jóvenes. Pero eso es, precisamente, lo “lejano del mundo”. Me gustaría, por eso, que el fruto de esta lección o reflexión, más prolusión que discurso, fuera un golpe seco en la conciencia de padres, profesores y alumnos, una reflexión más sobre lo que significa el abandono de lo inmediato por lo lejano, el propósito firme, en cada caso, de estudiar el verdadero sentido de la vida humana, precisamente desde esa visión humanística, serena y disfrutadora que no se deja envolver ni por las lisonjas ni por las modas, sino que hace de su vida una tarea personal pero solidaria.

Un Humanismo en progresiva deshumanización

En los siglos XIV y XV, unos cuantos hombres inscritos con toda justicia en la historia, Dante, Petrarca, Boccaccio, Pico della Mirándola, Besarión, cansados del que el “dolce stil novo”, método de ficción poético, se aplicara a la vida con el mismo nivel de fervor, es decir, convirtiendo la vida en una representación de gentilezas, se vuelven hacia el hombre en un momento en que el mundo sufre una de las grandes convulsiones, tan grande que determinará el cambio de edad y la entrada en la historia de la Edad Moderna en 1453, con la caída de Constantinopla en manos de los turcos. Un siglo antes, algunos de esos hombres, nacidos en Occidente o escapados de la lenta y segura agonía del Imperio de Oriente, coinciden, en el norte y el centro de la península itálica, en la necesidad de regresar al hombre, de volver al antropocentrismo racional que devolviera el sentido a la historia, perdida entre cruzadas e invasiones, entre oscurantismos y tiranías feudales aliviadas con juegos florales trovadorescos y abundante poesía cortesana que ocultaba la descomposición moral de las cortes del sur de Europa.

Ya habían dado un primer aldabonazo sobre la necesidad de volver a la sencillez del hombre nacido desnudo y sin más vicio que el original Francisco de Asís y su cohorte de mendigos predicadores, que iban cantando al sol y a la hermana luna como espejos de Dios para el hombre, pero faltaba aquella clásica devoción a los estudios sobre el ser del hombre y su devenir, sobre la realidad y las limitaciones de su condición como señor del universo. A ellos, a los clásicos, volverán esos y otros hombres, pero lo harán como punto de partida, como método de análisis, como ejemplares investigadores...

El mundo clásico había cambiado demasiado. Cristo había nacido en Belén y, con su evangelio, su información y noticia nueva, había dado al traste con todas las filosofías puramente racionales...había que compaginar, había que rescatar esa "paideia" cristiana que habían puesto en camino hombres y santos de la categoría de Basilio el Grande, los dos Gregorios (el nacienceno y el capadocio de Nisa), Juan Crisóstomo, boca de oro, de Constantinopla, Atanasio de Alejandría y, por supuesto, Agustín, el "querido San Agustín", que decía Petrarca, el maestro al que San Francisco de Sales cita nada menos que 440 veces en sus escritos.

Todos los ahora mentados, los santos padres de la Iglesia, habían cristianado, en cierto modo, a los clásicos pero, de alguna manera, también les habían dado cristiana sepultura, si se me permite la broma, al marcar claramente sus limitaciones frente a la nueva fe, apenas disimuladas, en algún caso como el de Virgilio, al que San Agustín, por ejemplo, llega a considerar profeta de Cristo dentro de su ignorancia pagana de la fe. Había, pues, que rescatar a los clásicos pero no tanto para bautizarlos como para convertirlos en guías del hombre que, a su creencia, debía anteponer, aunque sin aplastarla, su condición de seres racionales dispuestos a vivir la ciudad terrena en todas su virtualidades.

Son los siglos, sobre todo el XV y el XVI, en que se multiplica la búsqueda de los originales clásicos y se traducen con cierta profusión; es el momento en que se hacen gemir las prensas cuando Gutenberg dio su banderazo de salida a la imprenta. Y cuando los originales no aparecían o había dudas sobre la autenticidad de algunos, el acervo de traducciones de las escuelas árabes y judías españolas aportaban una riqueza tal que no faltan los reconocimientos a esa labor de paganos.

más preocupados, durante siglos, del mantenimiento y la divulgación de la riqueza de los clásicos, que los propios países donde nacieron y vivieron, recorridos durante esos mismos siglos por luchas más o menos intestinas.

Ya en el siglo XVI, hombres de la categoría intelectual y de la riqueza espiritual de Erasmo de Rotterdam o Tomas Moro, en la Europa del Norte, que se iba a alejar definitivamente de Roma por la Reforma, entienden y extienden el espíritu del Humanismo, bien secundados en tierras más calientes y fieles, por decisión soberana, a la Iglesia romana, como las de España, por primeras figuras de la talla de Juan Luis Vives y los hermanos Valdés. Erasmo, sin duda el humanista cristiano más influyente de aquellos siglos, preconiza un pacifismo social a ultranza que acabe con todo tipo de guerras y discordias, pero lo hace urgiendo un rearme moral de la sociedad, una reforma que, de haberse anticipado a la luterana, bien podía haberla evitado. De manera involuntaria, incluso, Erasmo, que no es un técnico del Derecho Político, divulga, por el contrario, un cierto desprecio del papel del Derecho en la mejora de la sociedad de su tiempo, minusvaloración que utilizará el propio Lutero para llegar a la ruptura con la Iglesia, algo que Erasmo nunca hubiera hecho. Curiosamente, esa misma Reforma acabará, por su determinismo espiritual y su apuesta por el homo faber, desarticulando el Humanismo, tan vinculado a la cultura latina y mediterránea, tan ajeno, por tanto, —craso error en la deducción— al espíritu de la Reforma.

En la segunda mitad del XVIII, tras el estallido científico y los anticipos de la primera revolución industrial, especialmente en Gran Bretaña, se volverá a mirar al hombre como centro de la vida del universo, un neo-humanismo sin demasiados alientos porque la visión y el análisis de ese hombre se dirigen, sobre todo, a los dominios de su inteligencia y a su capacidad para la ciencia. La sombra de sir Francis Bacon, Barón de Vérulan y conde de Saint Alban, profetizando que la inteligencia humana acabaría, en un tiempo razonable, con todos los misterios del universo, explicaría lo que parece sobrenatural y no habría que acudir ya a ninguna versión esotérica para aprehender el mundo a través de la razón, era demasiado sugerente como para que el hombre no cayera en la tentación de reproducir el esfuerzo constructor de la torre de Babel. Y lo hace, se entrega a la razón con todas sus fuerzas, esperando con fe tan irracional como la misma fe, que se cumplie-

ra la promesa de sir Francis Bacon. Así transcurren más de doscientos años de racionalismo y, en cierto modo, de desprecio de la creencia, porque toda la fe, y era poca, debía ponerse al servicio de la razón. Ese fue el gran mensaje de la Enciclopedia, que se corona, en el mundo de lo irracional, con una revolución, la Francesa, cuyos frutos más aparentes y, sobre todo, más racionales, fueron la invención del floral calendario —que sólo duró catorce años—, el lema —Liberté, égalité, fraternité— y el himno que cantaban los voluntarios de Marsella mientras asaltaban las Tullerías —de ahí su nombre de Marsellesa— y que había compuesto poco antes, en Estrasburgo, el joven oficial de ingenieros Claude Joseph Rouget de Lisle. No trato, por supuesto, de desacreditar una revolución, posiblemente la más importante de la historia de Occidente, sino de restarle cualquier gramo de intención humanista. La revolución francesa es al Humanismo lo que Beckett a la elevación del hombre contemporáneo. Si Beckett entierra a sus personajes hasta el cuello, la revolución haría el resto cortándoselo.

Los auténticos frutos de la revolución de finales del XVIII se plasmarán en las de 1830 y 1848 que conducen al gran atasco y la gran crisis de las ideas que se condensa y estalla en la segunda mitad, sobre todo en el último cuarto, del XIX, crisis de la que me he ocupado, por lo que pudiera sucedernos en este final de siglo que estamos viviendo, en mi reciente libro "La crisis de las ideas en el Fin-de-siglo"(9). Esta crisis de ideas diezma, deja casi sin población intelectual los territorios del dogma. (Las tropas del general Cadorna "disolviendo" el Concilio Vaticano I, con un "sálvese quien pueda" de los escasos padres conciliares que quedaban en Roma es una imagen que no tiene mucho que ver con la del Papa San León saliendo al encuentro de los hunos de Atila cuando se disponían a arrasarse la Ciudad Eterna. Los padres del Concilio Vaticano I no tenían por qué celebrar la unidad italiana que consumaba Cadorna al entrar por la puerta Salaria a la vía Veneto, el 20 de septiembre de 1870. Por fortuna, la mayor parte de ellos se había retirado de Roma para huir del terrible "ferragosto" romano, aprovechando la pausa estival del Concilio, que ya no se reanuda hasta casi un siglo más tarde, cuando Juan XXIII convoca el Vaticano II).

(9) Blanco Vila, Luis. La crisis de las ideas en el Fin-de-siglo. Editorial Actas. Madrid. 1996.

Pero la crisis se lleva, también, en su arrastre imparable, el paraguas que ha significado el sistema racional durante más de dos siglos. Los intelectuales, que abjuraron de esa condición —“¿Intelectual yo?, clama y protesta Unamuno, si me motejaran de imaginacional, pase, pero intelectual”...— se encuentran a la deriva, sin una sola idea firme, sin un valor seguro al que asirse. Sin el menor ánimo de abundar en detalles, permitanme una cita nada extensa de “La voluntad”, de Azorín, bastante representativa del maremagnum y la confusión reinante por aquellos años de finales del XIX y comienzos del XX. Habla su protagonista: “La sustancia es única y eterna. Los fenómenos son la única manifestación de la sustancia. Los fenómenos son mis sensaciones. Y mis sensaciones, limitadas por los sentidos, son tan falaces y contingentes como los mismos sentidos. La sensación crea la conciencia; la conciencia crea el mundo. No hay más realidad que la imagen, ni más vida que la conciencia...El error y la verdad son indiferentes. La imagen lo es todo. Y así es más cuerdo el más loco”(10).

Y Papini, de regreso de su ímpetu intelectual, proclama: “Soy el nihilista perfecto. No creo ya en nada: soy el ateo perfecto definitivo, completo; el ateo que no se arrodilla ni siquiera delante de las creencias laicas, racionales, filosóficas, humanitarias, que han ocupado neciamente el puesto de las creencias antiguas.”(11)

Gracias a un buen grupo de intelectuales conversos, como el propio Papini —o no conversos pero próximos a ellos, como es el caso de Bergson—, la sociedad occidental parece encontrar una fuente de ilusiones humanistas, curiosamente escarbando en una veta histórica oscura y difícil como es la Edad Media. Pero el Humanismo de estos hombres está más en la línea de los principios que en la de las realidades sociales. Falta esa sensibilidad.

Es por entonces cuando, siguiendo los primeros impulsos del Papa León XIII, pero también un movimiento más popular que cree en

(10) Azorín: La voluntad. Obras Completas, vol. I. Editorial Aguilar. Madrid, 1975. Pág. 447.

(11) Papini, Giovanni: Un uomo finito (Un hombre acabado) Obras Completas, vol. V. Editorial Aguilar. Madrid, 1971. Pág. 861-862.

los efectos rehumanizadores y cristianizadores de la buena prensa, hombres como el joven abogado del Estado Ángel Herrera Oria, con un puñado de colaboradores, abordan el lanzamiento de una prensa profesional, solvente, capaz de llevar a la sociedad mensajes de Humanismo cristiano.

IV. El regreso a los valores del humanismo

En ello estamos, con altibajos de cierta eficacia y de descorazonadores periodos de sequía. Ahora mismo, en la Comunicación se observa una total indiferencia hacia los mensajes de este tipo. Se admiten las profesiones de fe humanista de quienes han estado lejos del Humanismo, pero no se admite programación doctrinal sobre el tema, ni se jalean los libros ni los actos de siembra que puedan hacerse de doctrinas tan rancias. No se lleva, no tiene público, no interesa. Además, —y esto no se dice— a nadie interesa implantar una jerarquización de valores: algunos, muchos de los que mueven ahora mismo el mundo y que espectacularizan la vida cotidiana a través de las denuncias, los juicios, las muertes mismas, saldrían mal parados. ¿A qué Humanismo, pues, acudir, a cual volvemos nosotros ahora, acorralados como estamos por ese continuo acoso del tiempo, por el bombardeo informativo, por un hedonismo que carece de cualquier contención de carácter ético o incluso sólo disciplinario? ¿Cuál es ahora nuestro modelo de hombre, nuestra posible referencia? Si la vida, en cualquier cruce de calles de cualquier gran ciudad, no tiene valor alguno y está a merced del primer grupo de violentos a los que no les gusta nuestro aspecto, ¿qué valores respetaremos como valores fundamentales? Además, ya no tenemos dioses. Parece como si nos quedara solamente una especie de infierno mutante (hoy aquí, mañana en las antípodas) que va dando saltos geográficos y cuyos efectos devastadores nos narran, eso sí, con gran despliegue de enviados especiales, los medios de Comunicación.

Nuestro modelo de hombre ha sido reducido a la condición de espantapájaros, que es la pura simulación de la realidad para susto de quienes acuden, como pájaros hambrientos, a la búsqueda del fruto natural de esta "tierra de hombres", como define al mundo Saint-Exupéry. En su "Ciudadela", traducida, por fin —aunque con bastantes imprecisiones— al castellano no americano, el escritor-piloto, que se

propuso como meta vivir heroicamente cada instante —y lo consiguió hasta su muerte, en misión de guerra, sobre el Mediterráneo— asegura que, pese a todo ese alejamiento de la realidad que le correspondería vivir, “el hombre está provisto de una ternura de la que en absoluto hace uso, dormida, olvidada de sí misma, igual que el grano duerme en el silo; está provisto de perfumes que ni él mismo aspira, provisto de un murmullo de cascadas que nacen en el corazón de su propia morada y que no oye, provisto del peso de todo un reino que lo hace diferente del resto de los hombres”(12).

Me encanta resaltar que este enriquecimiento del hombre moderno, que es una suerte de regreso a los valores del Humanismo cristiano, fermenta y brota en el corazón y la mente de intelectuales y escritores muchas veces alejados de cualquier planteamiento de fe, en la misma raíz de la condición solidaria del hombre. Saint-Exupéry es uno de esos generadores de Humanismo hasta los límites mismos del amor abnegado: “Pondrá sobre ti, dice en otro pasaje, su mirada plena de claridad, porque es la mirada de un hombre habitado”(13). Un hombre habitado es, para Saint-Exupéry, lo mismo que un hombre informado, capaz de transmitir su claridad de ideas y de intenciones, “convertido en diamante en su corazón”, “sumiso, disciplinado y respetuoso, lleno de fe y de abandono, hijo sabio de una raza espiritual y depositario de sus virtudes...”(14)

¿Verdad que resulta extraño el modelo, si lo contrastamos con los que suele ofrecer a nuestros jóvenes alumnos esa constante y reiterada información de nuestros medios? Y, sin embargo, Saint-Exupéry, que fue un hombre de acción por encima de cualquier otro concepto, tampoco es un moralista, ni siquiera un cristiano... Sus reflexiones —y “Ciudadela”, aunque inconcluso, es el libro que resume no sólo sus valores intelectuales sino el estado de su alma en sus últimos años de vida— nacen de una observación afectuosa del mundo, no de la necesidad de salvación del hombre espiritual.

(12) Saint-Exupéry, Antoine: Citadelle. Nouvelle édition établie par Simone Lamblin avec la collaboration de Pierre Chevrier et de Léon Wengelius. Gallimard, 1948. Pág. 66.

(13) Saint-Exupéry: O.c. pág. 230.

(14) Saint-Exupéry: O.c. pág. 133.

Quería llegar hasta este punto con la esperanza de no haber fatigado en exceso a mi auditorio. Quería dejar claro que el Humanismo del que la sociedad que vivimos carece y que necesita con urgencia no tiene nada que ver directamente ni con la Religión ni con la Cultura, aunque, en buena lógica, Religión y Cultura son parte del bagaje humano, difícilmente sustituibles en el equipamiento del hombre. Cuando digo que no tienen nada que ver directamente me estoy refiriendo a la concreción de carácter religioso y cultural, que a nadie se impone; el Humanismo no tiene por qué ser cristiano necesariamente, ni la Cultura exigible es, forzosamente, la nuestra, la occidental/mediterránea de origen judeo/cristiano y greco/romano.

Tampoco, por razones más claras todavía, podemos identificar el Humanismo con la Comunicación; el primero debe actuar como motor en la praxis de la conciencia del individuo, la segunda es claramente alimentadora de ese motor de decisiones.

Todo ello y mucho más —paz, felicidad, sistema de convivencia, hábitos, etc.— forma parte, sin embargo, de ese Humanismo que es capaz de contemplar y disfrutar del mundo de manera serena y apacible, convivente y solidaria. ¿Es el Humanismo, por tanto, una realidad nacida del encuentro de todas esas otras realidades mentales y sentimentales? Me temo que no, aunque tenga su morada en el corazón, donde florecen todas esas plantas que adornan —o tal vez afean— la vida del hombre. Porque el sufrimiento humano —estamos de nuevo en la vertiente repateadora de Beckett— también es Humanismo.

Analiza Pedro Laín Entralgo, en su libro "Sobre la amistad"(15), el del cisterciense inglés del siglo XII Aelred de Rievaulx, titulado "De spiritali amicitia". ¿Cuáles son las virtudes que deben acompañar esa amistad, se pregunta Aelred de Rievaulx, para que sea verdaderamente firme y gustosa? Y se responde él mismo: "La lealtad, la sencillez y la rapidez en la comunicación". Son las mismas cualidades que exige Cicerón, al que el cisterciense inglés trata de bautizar al viejo estilo de los Santos Padres. Y comenta Laín: "No parece ilícito ver en Aelred un genuino humanista cristiano, aunque cronológicamente sea hombre del

(15) Laín Entralgo, Pedro: Sobre la amistad. Prólogo de Diego Gracia. Colección Austral. Madrid, 1985. Pág. 78.

siglo XII¹⁶). ¿Por qué iba a ser ilícito? El Humanismo, en su versión cristiana, se mantiene, sobre todo, en el calor espiritual de los monasterios, centros de estudio y de aplicación de los clásicos a los tiempos que corren. Mucho más sorprendente, me parece a mí, es considerar el elemento “comunicación” —y comunicación inmediata— como característica fundamental de una amistad verdadera.

Sin embargo, la Comunicación, pese a su naturaleza instrumental, es una realidad ínsita en la propia naturaleza humana. El propio Laín, esta vez en “Teatro del mundo”¹⁷), establece la siguiente relación indisoluble: “Hablando un hombre a otro, establecida la comunicación interpersonal a que el hablar conduce, el sujeto de la acción no es meramente un yo, el del hablante, sino un tú-y-yo, el nosotros dual en que esa comunicación tiene su fundamento. Cuando se habla con otro siempre se habla en un nosotros. Hablar, por tanto, es estar afirmando con sonidos significativos que, para el hombre, vivir es convivir, existir es coexistir y ser es con-ser, como desde hace más de medio siglo viene enseñando la analítica existencial”. Exactamente lo que he dicho, casi al principio, del humanista.

Y ya que es Laín quien lo señala, quiero rematar con dos citas de esa “analítica existencial”. La primera es de Albert Camus ¹⁸) en “El hombre rebelde”, cuando, ya al final de su ensayo, se detiene en “El pensamiento de mediodía”: “En el siglo pasado, escribe, el hombre suprime las restricciones religiosas. Pero, apenas se libra de ellas, inventa otras nuevas e intolerables. La virtud muere, pero renace más feroz todavía. Grita a todo el que llega una caridad estruendosa y ese amor a lo lejano que hace irrisorio al humanismo contemporáneo”.

La segunda nota, más breve, es de Jean Paul Sartre: “La acción del mundo no es más que la consecuencia de la intercomunicación de sus componentes, es decir, los hombres mismos”¹⁹).

¹⁶) Laín Entralgo, Pedro: O.C., pág. 79

¹⁷) Laín Entralgo, Pedro: “Teatro del mundo”. Espasa Calpe. Colección Austral. Madrid. 1986. Pág. 18.

¹⁸) Camus, Albert: “El hombre rebelde”. Traducción de Luis Echávarri/Miguel Salaber. Alianza-Losada. 1982. Pág. 311.

¹⁹) Sartre, Jean Paul: “L'Être et le néant. Essai d'ontologie phénoménologique”. Tel Gallimard. Paris. 1943. Pág. 587.

El producto de esa intercomunicación, su riqueza o su escasez, la sustancia que encierre o la vaciedad de contenidos determinarán, siempre, la conducta del hombre. El Humanismo es fruto, en buena medida, del acierto en la dosificación de la Comunicación. Le interesa tenerla siempre de su parte.

He dicho